

Els debats de la Fundació

núm. 13

Política y subjetividad

Una relación olvidada

Ma Dolors Renau
Óscar Strada

Fundació
Rafael Campalans

Els debats de la Fundació

La reproducció total o parcial d'aquesta obra per qualsevol procediment, compresos la reprografia i el tractament informàtic, resta rigorosament prohibida sense l'autorització expressa dels titulars del copyright, i estarà sotmesa a les sancions establertes per la llei.

© d'aquesta edició: *Fundació Rafael Campalans*

C/Trafalgar, 12 entresòl 1^a

08010 Barcelona

Tel. 93 319 54 12 - Fax 93 319 98 44

fundacio@fcampalans.cat

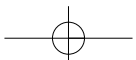
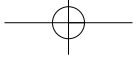
Impressió: Creacions Gràfiques Canigó, S.L. - 93 229 23 60

Dipòsit legal: B-35054-2008

ISSN: 1579-9581

Índice

1. Subjetividad	5
2. Sobre el sujeto	6
3. Subjetividad y política	8
4. Ciudadanía	12
5. La política	15
6. Y sin embargo, ¿es tal el desinterés por la política?	26
7. Confianza y ética	29
Bibliografía	34



Nuestras reflexiones están orientadas al debate en el ámbito de la formación tanto en la de los políticos en activo como de los que pretenden acceder a ella, así como a la ciudadanía que se interroga.

1. Subjetividad

La subjetividad es condición propia del ser humano. Impregna todas y cada una de sus actividades mientras les otorga su propia particularidad y significado. La particularidad que define la subjetividad con aquello que predica constituye la diferencia cualitativa, que en relación con la política, la eleva a la dignidad de la ética. A pesar de ello, la subjetividad sigue siendo la «cenicienta» del pensamiento político de izquierdas y este hecho tiene graves consecuencias para la política en general y para la política progresista en particular.

La subjetividad ha sido convocada, y no casualmente, una y otra vez, por el pensamiento feminista para que reconstruya la política y la relación individualizada con ella y para que ocupe un lugar preponderante en el discurso que la ha olvidado. Como nos dice Marcela Lagarde: «Una parte fundamental de esta revolución ocurre a las personas mismas que la promueven y a quienes son tocadas por su incidencia histórica. Hoy es una prioridad feminista que los cambios radicales involucren la subjetividad tanto como la vida cotidiana, la conciencia y la cultura personales»¹.

Pero no sólo el pensamiento feminista apela al concepto de subjetividad. Ella misma –la subjetividad– constituye un analizador personal de lo que está ocurriendo en nuestra vida vincular, social y política. Introducirla en nuestros análisis constituye una urgencia intelectual, social y vital para todas las personas que se sienten implicadas en el devenir colectivo. El devenir colectivo, la política, no tiene por qué seguir, a paso de procesión, cansino, letal y resignado, con los mismos cantos, los mismos rituales y los mismos sacerdotes, los caminos de siempre, recorridos una

¹ Lagarde, Marcela (1996)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

y otra vez. Algún atisbo de nuevas posibilidades se perciben ya en las democracias representativas.

2. Sobre el sujeto

Hay que acercarse, sin reservas, al contenido del concepto de sujeto, como el punto de encuentro, punto de intersección de tres círculos que conforman lo intrapsíquico, lo interpersonal y lo sociopolítico². Sujeto psíquico, sujeto social y sujeto político son tres formas de abordar un único fenómeno que se encarna en la completud de un ser humano, de un ser que se realiza, externaliza y expresa en sus vivencias, actos, discursos y en su propia historia.

Desde otra óptica podemos considerar también que:

• Existe un **sujeto social** que es el sujeto condicionado por la historia, el sujeto «asujetao» podríamos llamarlo; el sujeto contingente de las circunstancias, el sujeto de Ortega.

• Pero hay también un **sujeto del discurso**, el sujeto que se nombra a sí mismo cuando habla: el sujeto que ejerce su responsabilidad discursiva. A este sujeto hay que pedirle responsabilidades, porque debe hacerse cargo de los discursos de su época y de sus efectos. Si no lo hace, tendrá dificultades para construir su propia subjetividad. Cada uno debe ser responsable de sus actos, del dispositivo de pensamiento que es capaz de construir; es responsable de sustentar esa instancia imaginaria que se llama «yo». Imaginaria, pero capaz de objetivarse, simbolizarse precisamente a través del discurso y a través de los actos. El sentido del acto produce también un efecto de cohesión interna en el propio sujeto. Es un buen pega-

² Beristain, Isidoro (2001)
Beristain, Isidoro (2007)

mento del ser: este es su valor diferencial. Y también su precariedad. El «yo» responsable de sus actos produce consistencia interna a lo que la persona piensa, a lo que siente y a lo que hace. Hacerse responsable de ello, quiere decir ni más ni menos que del sujeto se espera una respuesta y que se si no aparece, no se producirá subjetivación, no se producirá existencia o será esa una existencia negligente, en el sentido de que es incapaz de producir lazo social y efecto discursivo.

El sujeto introduce necesariamente el sentido de sus actos por efecto del lenguaje. El sujeto humano se construye a través del habla, que es individual y social. Somos fruto del lenguaje, al que Heidegger llama «la casa del Ser». Es ahí donde se ata la adscripción subjetiva. Los humanos estamos inmersos en la irrenunciable condición de vivir en un medio que determina nuestras operaciones metabólicas: de intercambio, de sufrimiento y placer, de hallarnos atravesados por el significante del lenguaje que establece un discurso, y que hipoteca la subjetividad. Sin discurso, no hay subjetividad. Somos sujetos de sentido.

El sujeto del discurso habla y es hablado por otros. En cierto sentido, el discurso se construye para él, para que tenga sentido. **Hay una construcción social del discurso y a la vez, una subjetivación del mismo:** eso es algo que tiene que construir el sujeto en solitario, en su intimidad, arreglándoselas con sus temores y deseos.

Sin embargo, lo más potente y novedosos de la subjetivación, desde el punto de vista social y político, no es que uno se piense, sino que uno se piense y a la vez piense que alguien, el otro, lo piensa a uno. Esta es la base de la subjetividad política y la condición subjetiva necesaria para incorporarse, por ejemplo, a un partido político. Ser responsable de este proceso es tomar conciencia de un determinado nivel de existencia. Pensar, tomar conciencia y responsabilidad de ello supone que los pensamientos y el habla tienen capacidad de generar otros pensamientos y otros discursos. Los pensamientos y las palabras valen si son capaces de producir; es decir, si remiten a otra cosa. O dicho en otros términos: si son significantes. Y ahí el sujeto se define como aquello que representa un significante para otro significante. Y eso también es central en el pensamiento político considerado desde la subjetivi-

Política y subjetividad. Una relación olvidada

dad. Si uno no representa nada para nadie ¿para qué nombrar al otro mi representante? En el intersticio entre significantes, se construye la subjetividad.

- Y finalmente, **está el sujeto del deseo**. Es decir aquel que se constituye como carencia en relación a un objeto; que se constituye precisamente en este lugar: el lugar de la falta.

Esta determinación tiene una significación particular y decisiva a la hora de establecer una relación con la política. Por eso es posible que se consolide dentro de un horizonte de expectativas, de una secreta promesa de felicidad. Una promesa que todo partido hace a sus votantes y a los ciudadanos, lo sepa o no. Y es también la mayor razón por la cual los ciudadanos se sienten estafados y defraudados en la derrota.

Estamos necesitados de una nueva comprensión de la relación existente entre subjetividad y política para poder reestablecer un significado desde ambos lados.

3. Subjetividad y política

La subjetividad ha sido un rasgo oculto para el pensamiento político de izquierdas. Apenas se ha hablado de ella, como si las grandes cifras macroeconómicas, las grandes guerras, las grandes coyunturas, el mismo bien común hubieran estado ocultando a este ser humano concreto, portador de varias vertientes de subjetividad, cada vez más compuesta de múltiples identidades a la que la política progresista ha estado mirando de reojo, con gran desconfianza. Esta cuestión tiene raíces históricas. La subjetividad fue cuestionada desde su origen. Marx la cuestionó a Lafargue y Lafargue a Jean Jaurés durante la época de la Primera Internacional. En la Segunda Internacional, la gran cuestionada fue Rosa Luxemburgo. La única excepción de los históricos, fue sin duda Friedrich Engels. Basta leer su impresionante obra y su correspondencia para comprender el papel imprescindible que Engels atribuía a la mujer.

El pensamiento político de izquierdas, desde entonces, ha huido despavorido ante cualquier atisbo de sentimientos o resonancias personales, de experiencias individualizadas, tal vez perseguido por el fantasma del individualismo que ha acompañado los avances aportados por el liberalismo. Este, ha minusvalorado el papel de los condicionamientos económicos y culturales que hacen posible el acceso a la libertad y a la posibilidad de elección, teóricamente reconocidas para todos.

La izquierda ha confiado la posibilidad de transformación personal y el establecimiento del reino de la justicia en los grandes cambios estructurales, sobre todo económicos. Las experiencias políticas se han encarnado en modelos de economía planificada y en regímenes autoritarios, como paradigmas que definen al ser humano, concreto, como una consecuencia, una terminal o un resultado cuantificable y controlable de los condicionamientos económicos e ideológicos.

La izquierda, en los países democráticos, ha contemplado primero con admiración, luego con desconfianza y actualmente con enorme desencanto, el resultado de las prácticas políticas realizadas en países gobernados de acuerdo con estas doctrinas y sin embargo, a falta de un discurso político sustitutivo, la izquierda ha mantenido una confianza prácticamente ciega en las posibilidades de transformación derivadas casi exclusivamente del cambio de las «estructuras».

De este modo, la subjetividad, los afectos y vínculos afectivos, los malestares, las enfermedades no biológicas, las variadas formas de expresar la individualidad y la intimidad, la construcción y recomposición de múltiples identidades en movimiento, han ido quedando huérfanos del pensamiento, la acción y la atención de la política progresista, y han sido patrimonializados por el pensamiento conservador, por la teoría del mérito y la competitividad, por una determinada concepción de la ciencia y la psiquiatría y, sobre todo, de la religión.

Tal vez, una de las causas importantes de la ausencia del discurso de la subjetividad en la política, se deba a la ausencia pública del pensamiento de las mujeres. Su oscura historia de cuidados, de trabajos anónimos, de lucha por la supervivencia

Política y subjetividad. Una relación olvidada

y su sabiduría centrada en el ser humano están todavía por descubrir y nombrar. Sometidas a la invisibilidad en las lides políticas y en la producción de ideas y a la devaluación de sus experiencias personales, sólo últimamente empezamos a calibrar el peso de su ausencia. Por ello, la incorporación activa de la mujer a la vida política esta produciendo un nuevo lugar de elaboración, creación y acción novedoso, capaz de transformar la realidad, objetivo central irrenunciable de toda política de izquierdas.

No es de extrañar que, en una práctica pública no tan sólo exclusivamente masculina a lo largo de los siglos sino netamente misógina, se haya producido una patrimonialización de los partidos y las organizaciones. Patrimonialización entendida tanto como patrimonio en su vertiente patriarcal, como en su vertiente de posesión. El sentir, el pensar, la experiencia de las mujeres, apenas ha penetrado en el discurso patriarcal que construye siempre jerarquías y compite como en una lucha a vida o muerte. En este contexto, para la izquierda, la subjetividad ha estado bajo la sospecha de cierta feminización política y por tanto sometida a un compás de espera, bajo el temor inconsciente masculino. Para poner un ejemplo: la aplicación y las razones de la cuota femenina no han sido sólo efecto de una lucha de género dentro del partido o de una graciosa concesión o efecto de la lucha por la igualdad, sino también el resultado del porcentaje aceptable o capaz de ser soportado por el pensamiento masculino.

Sin embargo, desde la derecha, la subjetividad dispone de otros carriles por los que circular. En cuanto a la mujer, siempre ha estado subsumida por los conceptos de Dios, patria y hogar conceptos que la han adscrito a un lugar incuestionable. En el pragmatismo propio de nuestra Transición política la subjetividad femenina evolucionó hacia un asociacionismo tipo «Asociaciones de Amas de Casa» (por cierto las más numerosas de España) que favoreció el nacimiento de otras asociaciones sobre todo profesionales y el acceso al campo de la política. Al hacerlo, incorporaron una serie de valores de la subjetividad sin ningún tipo de reservas, lo que determinó que, en cierto sentido, en los partidos de derecha la subjetividad que aportaba la mujer haya sido tratada, quizá con mayor naturalidad, que en los partidos de izquierda que han exigido eficacia y profesionalidad y un gran debate interno.

En el momento en que se afirma el individualismo consumista que mueve el mercado y la economía, cuando se han disgregado antiguas redes de convivencia y trabajo común y han desaparecido formas de producción que tendían a mantener a los trabajadores juntos, es cuando hace falta virar la mirada hacia la subjetividad como fuente de fuerza individual, como identidad siempre en construcción, como complejo sistema capaz de unión entre elementos psíquicos y sociales variados a través de la palabra y los actos que la encarnan, para construir posturas a la vez individuales y colectivas ante lo común.

En un momento de reflujos de los sistemas ideológicos, en que se renuevan las escalas de valores y se redefine la estructura parental y conyugal en la vertiente de género, es necesario apelar al sentido interno y profundo de la propia individualidad. Si no se advierte que es imprescindible apelar a ello, para que estos cambios puedan ser redefinidos e inscriptos en los propios individuos, será como escribir en *El Libro de Arena* de Borges. Todo se borrará y las páginas quedarán permanentemente en blanco.

La subjetividad es un recurso descomunal por su fuerza, por su potencialidad creativa. Su ausencia en los discursos y en la historia política está pasando factura, sobre todo, en contraste con la creciente conciencia de la importancia de las libertades personales y de derechos individuales. La ausencia de un discurso completo sobre el valor de la subjetividad desde una óptica progresista no queda compensada, sino más bien tergiversada por la apelación a razones humanitarias. O por la llamada directa a los sentimientos en algunos programas sociales.

Tal vez, podamos ahora empezar a explicarnos no sólo la enorme distancia entre ciudadanos y política, sino la necesidad de rediseñar una política que coloque en su centro, en su eje de trabajo al ser humano, con sus condicionamientos históricos, con su forma específica de gestionarlos y darles salida, de relacionarse con los otros y con sí mismo.

Política y subjetividad. Una relación olvidada

En estos momentos, resulta imprescindible pensar la política en términos de subjetividad, también como forma de comprender diferentemente el desarrollo. Las transformaciones que se están produciendo en nuestro mundo exigen nuevas formas de plantear el sentido del desarrollo, de forma que implique un plus diferencial de la economía y del crecimiento en términos de PIB, y que comporte una profundización y ampliación de la democracia tal como nos plantea Amartya Sen³.

«Debemos entender el desarrollo como un proceso incluyente, con rostro humano», nos dice Marcela Lagarde. «Necesitamos un tipo de desarrollo que se concrete en una clave que ha estado invisible para todos los desarrollistas patriarcales. El desarrollo personal de cada mujer y cada hombre como prioridad inmediata práctica, no como consecuencia utópica»⁴.

12

4. Ciudadanía

Toda subjetividad política plena se asemeja a la ciudadanía ejercida. Esta es efecto de la toma de conciencia de nuestra pertenencia al mundo colectivo: de nuestra dependencia respecto a él, de nuestro deber hacia él. Del deber de «hacer» en lo colectivo que redunda a la vez en la construcción de una nueva subjetividad psíquica.

Devenir responsable es sostener el discurso y sus efectos y, sobre todo, asumir las consecuencias de toda decisión. Y en términos políticos, no puede haber efecto de subjetivación si no se piensa desde el Estado, ya sea en su versión general, autonómica o local. Cuando el sujeto social se formula como ciudadano, su objeto de elección es el Estado, es el Otro desde donde se piensa a sí mismo y donde espera encontrar las respuestas; porque él encierra la virtualidad del poder. Es el objeto preciado que restituye, por vía de la lucha política, su falta

³ Sen, Amartya (2000)

⁴ Lagarde, Marcela (1996)

de ser social. El Estado, en tanto persigue el bien común, tiene la posibilidad de transformar el yo en nosotros, vosotros, los otros. El Estado declina el «yo» hacia los otros.

El artilugio administrativo y conceptual a través del que la parte más visible, más estructurada de la política se expresa, es la organización del Estado. El Estado es así la verdadera entidad fundadora y generadora de pensamiento político: ese es su verdadero poder. El Estado representa la formalización del lazo social, pero este lazo se instituye desde un lugar simbólico, desde el discurso que se elabora en nombre de un partido político y eso le otorga consistencia discursiva.

La ciudadanía representa el soporte subjetivo del lazo social que representa el Estado y los partidos representan el lugar desde el que son proferidos esos discursos. El Estado se convierte en un órgano técnico administrativo de gestión de los lazos sociales, pero no es productor de los discursos. Este hecho posibilita la dialéctica entre partidos y Estado.

Pensar desde el Estado supone una serie de principios que condicionan la subjetividad. En primer lugar un Estado como el español que incluye una dimensión autonómica y otra local hace que deban subsistir conjuntamente aunque procedan y generen lógicas diversas. Pero tienen en común que proponen la dinámica de un sistema funcionalista, de un conjunto de instituciones solidarias y orgánicas, de partes de un todo que se completan con el europeísmo y las Naciones Unidas, con las variantes iberoamericanas aunque estas últimas operan principalmente como conceptos.

El Estado representa un universal, pero la subjetividad en política introduce el particular necesario que traduce el sentido privativo orgánico que cada sujeto atribuye a sus actos. Sin embargo, el acceso al campo de lo político cuestiona para el sujeto la aceptación de su particularidad ante la razón última o prevalente, en última instancia, de la razón política o pública, que es la única forma de permanecer en el espacio de lo común mientras cuestiona el sentimiento de identidad.

Política y subjetividad. Una relación olvidada

Este puede tomar posiciones que han diferenciado a la modernidad de la posmodernidad.

Para la modernidad, la búsqueda de la identidad y la construcción del sujeto ha supuesto el cuestionamiento de todas las premisas que sujetan a este: una clase, una historia, el inconsciente, la familia, tradiciones y mitos para constituir el yo verdadero como un espacio crítico frente a determinaciones que se expresaron en el discurso del marxismo (las determinaciones de las condiciones de producción) y el discurso psicoanalítico (las determinaciones del inconsciente).

Para el pensamiento posmoderno, la identidad se construye sobre la base de identificaciones plurales, de particularidades étnicas, culturales y de género, que hacen pivotar este sentimiento sobre identidades preexistentes y compactas que son cuestionadas. Se generan discursos alternativos sobre la igualdad, las diferencias y la alteridad.

14

Toda política basada sólo en las identidades tiene un efecto negativo: genera exclusión mientras refuerza el sentimiento de pertenencia a determinadas comunidades y aporta consistencia y fuerza pública. La resolución de esta dialéctica produce determinados efectos en los sujetos políticos y en el sentimiento de la verdad subjetiva y particular para cada uno.

La subjetividad que se encarna en el ciudadano/a concreto, en el ejercicio real de ciudadanía, es la que opina, participa, construye lo público desde su singularidad.

El paso de vasallo a ciudadano que nos legó la Ilustración y que ha sido tan bien tratado por Amalio Blanco⁵ requiere una recomposición interior en la que se amplíe cada vez más el ámbito de la libertad individual y, desde lo político, se favorezcan los mecanismos que permitan desarrollar el aspecto colectivo de toda subjetividad y le sea permitido desarrollarse libre y creativamente sin que se produzcan

⁵ Blanco, Amalio (2004)

procesos de jibarización mental en aras a encajar cómodamente en una institución o un partido, sin compromisos establecidos, ni expectativas comportamentales que supediten la inteligencia a resistentes premisas orgánicas.

Todo ello resulta en una manera de preservar una revolución interior que sucede a las personas y que ya fue descrita desde el feminismo por Marcela Lagarde «una parte fundamental de esta revolución ocurre a las personas mismas que las promueven y a quienes son tocadas por su incidencia histórica. Hoy es una prioridad feminista que los cambios radicales involucren la subjetividad tanto como la vida cotidiana, la conciencia y la cultura personales».

Para un sujeto que crea en la política es necesario que el lazo social que este pensamiento instituye soporte tanto el concepto de ciudadanía como el de construcción de una idea de la historia que le otorgue un sentimiento de identidad y una idea precisa de lo que significa el progreso. En este sentido, la confianza en la razón resulta básica dentro de un esquema de orden mundial y de una idea de progreso y bienestar. La idea de un mundo calculable hace posibles las utopías, los ideales y los valores.

La construcción de la subjetividad en política forma parte, para el ciudadano, del sistema de creencias y valores, de su relación con la utopía, su relación con el pragmatismo, el nihilismo y la confianza. **Lo que se cuestiona en la relación política-subjetividad es la relación del sujeto con el Otro social:** una relación que no se refiere sólo a la política, sino a toda su vida, es decir, que incluye la esfera privada e implica todo un sistema de valores y creencias globales. Por ello esta relación se encuadra dentro de las vicisitudes del ser consigo mismo. Debe ser, por tanto, una relación confortable para el ser. Algo que ponga de acuerdo al sujeto con sus actos.

5. La política

1. Cada cuatro años se produce ese misterioso milagro mediante el cual, un domingo cualquiera, los poderes se disuelven y aparecen poderes transicionales en ejer-

Política y subjetividad. Una relación olvidada

cicio o candidatos a renovar, mientras se instala un espíritu festivo de cambio y de ilusiones. También con la misma cadencia, es frecuente que, en la tarde-noche, la ilusión se desvanezca y retorne la forma hipostasiada de los representantes del pueblo, mientras los representados regresan a sus quehaceres privados, a tener representantes a los que, frecuentemente, no sienten como tales y que suelen resultar a la larga sordos e inmunes a las críticas, sugerencias o inquietudes de los representados, en un baile de frustración reiterada.

El conjunto de este proceso nace del voto, consagración de la democracia. El sí o no a un determinado candidato, a una determinada opción política se convierte en un acto definitivo. Nadie puede cambiar el sentido de su voto una vez emitido. Aquí, más que en el *sí quiero* matrimonial, el sí resulta definitivo.

Este acto, cuya importancia personal y colectiva nadie puede negar, es a menudo rechazado, ignorado, como nos muestran estudios recientes sobre la abstención y el voto nulo, por una ciudadanía que puede manifestar a través de la abstención, el voto nulo o en blanco y una crítica constante hacia los políticos, la existencia de un gran malestar y la distancia entre política y subjetividad. En este contexto, el voto nulo o en blanco merece una especial mención: la persona que lo ha introducido en la urna, se ha molestado en ir a votar. Y sea mediante tachaduras, o el vacío blanco, expresa, intencionadamente, su malestar.

Si tenemos la fortuna de poder unir todos los aspectos de la subjetividad mencionados: el sujeto responsable que se piensa desde el Estado y el sujeto de deseo que se piensa desde la carencia y genera deseo y ambos se funden en un escenario político que anima la tensión hacia el otro, en un marco de igualdad jurídica, desde una filosofía de inclusión y de paridad de sexos; no sólo la política podrá ser más viva y excitante, sino también más solidaria y creativa.

La posibilidad de ejercer plenamente la ciudadanía en tanto ejercicio de derechos, deberes y participación en lo público debe apoyarse sobre una conciencia

subjetiva y colectiva indisoluble. **La ciudadanía constituye, así, la dimensión a la vez individual y social desde la que se ejerce la subjetividad mientras se actúa con los otros en un espacio público, situado en el «entre».** Lo político, de acuerdo con Hannah Arendt es una dimensión propia a toda individualidad humana que se produce **en el mundo:** lugar de encuentro, diálogo, negociación, pacto y circulación de la palabra⁶.

La política, que ha sido definida por el pragmatismo como el arte de lo posible, entraña también la posibilidad de modificar y transformar las condiciones concretas de vida y de trabajo de grandes colectivos sociales y de producir efectos súper estructurales que comportan nuevas formas de intercambio entre sujetos. La política implica una promesa de felicidad mayor para la vida ciudadana que la existente. Si eso no fuera así no habría motivo alguno para implicarse en un proceso de cambio. Si la promesa que la política implica no supusiera una mejora de las condiciones de vida y trabajo, no habría sujetos que se implicarían en ella.

El ejercicio diario de la ciudadanía –la que se ejerce más allá de las votaciones– sea en una institución, en un partido o en el mundo del pensamiento requiere aquella libertad que responde a la creencia y a la experiencia de una igualdad básica y al respeto a la individualidad de los ciudadanos en la sociedad y en el interior de las organizaciones.

El ejercicio de la libertad pública que significa la práctica de la ciudadanía exige un andamiaje democrático resistente: instituciones y leyes, cultura política y organizaciones explícitamente destinadas, por una parte al bien común y por otra, apoyadas y regidas por principios que defiendan la igualdad de Derechos Humanos (en todas sus versiones) sin excepciones, el fomento de la libertad individual y grupal, y la justicia y la solidaridad como principios de ajuste de desigualdades reales. También supone que este proceso de cambio no está dirigido a persona alguna, ni a un grupo privilegiado que se halle por encima de los derechos colectivos.

⁶ Arendt, Hannah (1997)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

En muchos casos, el ejercicio de la ciudadanía ha consistido, justamente, en construir el sistema democrático a partir de situaciones de dictadura y conculcación de todos los Derechos Humanos.

Esta faceta de la construcción de la subjetividad política impactante, riesgosa, resistente y constructiva ha sido vivida por muchas personas; Hannah Arendt⁷ la califica como «el tesoro perdido de la Revolución», tesoro que desaparece cuando el sujeto regresa a su vida privada, una vez pasadas las circunstancias especiales. Guarda un recuerdo intenso y añorado de sí mismo y de los demás, trabajando juntos en una tarea que implicaba a todos, que estaba destinada a construir las bases de un nuevo orden colectivo.

La experiencia vivida por millones de personas en un momento histórico privilegiado, como la de aquellos afortunados que vivieron la Transición española, recordarán el entusiasmo personal y colectivo de aquellos años, componentes tan a menudo olvidados en los relatos políticos, pero que transformaron definitivamente la subjetividad afirmando inquietudes personales y posturas éticas. Uno de los casos más paradigmáticos en este campo fue la tarea renovadora de los maestros. Su negativa a reproducir sistemáticamente en el aula, los sistemas autoritarios vigentes en el sistema político totalitario, como una forma de resistencia ideológica, cultural que no sólo atravesó la labor profesional, el sentido último de los educadores, sino que produjo en ellos un enorme cambio subjetivo sobre la efectividad y la dignidad de la labor docente. La fuerza básica de la Transición, la energía vital que permitió resistir a las angustias e incertidumbres del momento, el empuje de esta mezcla poderosa de sentimientos, ética y deseo de transformación se encarnó en grupos afines que trabajaban las cuestiones colectivas, como los movimientos vecinales, las organizaciones de defensa de la sanidad pública, el movimiento feminista, las organizaciones estudiantiles y sindicales. Esa energía provenía del interior de las personas. Esa energía no era otra cosa que la recuperación de la subjetividad movilizada y puesta al servicio de lo que luego fue el gran eslogan: el cambio.

⁷ Arendt, Hannah (1996)

El cambio, la transformación no ha sido nunca un objetivo de la derecha. No tiene significado para ella. Lo tiene para la izquierda que siempre se ha movido en la frontera de lo existente para crear algo nuevo, mientras la derecha gestiona y conserva lo que ya existe y de acuerdo con intereses establecidos. Sin embargo en la complejidad de la situación, la repetición de esta palabra cambio como eslogan electoral no dará siempre el resultado deseado; es un eslogan que sufre un fuerte desgaste como pudo comprobar el Partido Socialista en las últimas elecciones autonómicas.

El «desencanto» posterior a los años de la Transición se tradujo en una limitación a la esperanza en las instituciones, las leyes y las organizaciones. No se quitó valor a lo vivido, ni a la esencia de la política, sino que puso de manifiesto los límites de una realidad que no llenó todas las esperanzas depositadas en los cambios institucionales aunque solidificó la democracia. Huérfanas quedaron otras esperanzas de cambio. Y otros sueños.

La marcha política ha seguido después su camino, con fortuna desigual hasta llegar a la situación actual en que surge un cuestionamiento de la verdad de la política, como efecto, en parte, de la postmodernidad. Esto se traduce en una declinación de lo público a favor de lo privado, de la sensación del fin de la necesidad y de la primacía del confort sobre la realidad que pone en jaque principios básicos de solidaridad.

El vacío, la ausencia de la subjetividad política de la ciudadanía práctica que habita ciudades, hace la compra, utiliza la sanidad, sube a los autobuses, lleva a los niños a la escuela, suma horas y más horas de trabajo invisibles en el hogar y fuera de él... La ausencia de esta ciudadanía femenina compuesta por mujeres que sustentan con su trabajo, su energía y sus afectos, la vida cotidiana y la reproducción de las condiciones de vida, con su voz silenciada, ha favorecido esta distorsión de lo político hacia grandes cuestiones que prometen felicidad a partir de inversiones magnas en cinturones y grandes proyectos estrella para ciudades que pierden poco a poco su utilidad, la proximidad y confort para sus habitantes, para convertirse en

Política y subjetividad. Una relación olvidada

grandes centros turísticos, enormes escaparates que persiguen la alienación ciudadana. Mientras, escasean las guarderías y las jóvenes madres se agobian por las estrechas aceras con sus carritos y sus compras. Muchos abuelos mueren, también, en sus pisos solitarios.

Todas estas condiciones, ya casi estructurales, generan una subjetividad enajenada de lo político que influye no solo al ciudadano, sino también al propio político. Los procedimientos de institucionalización y de prácticas políticas quedan fuera del cogito cotidiano, ocupado en otras cuestiones. Quienes no participan de las claves de acceso a las prácticas políticas, constituyen lo que llamamos «la gente», que es la que queda fuera de la comprensión de la gestión y la gramática de los conflictos sociales. Esta gente que queda fuera es, justamente la mayoría de los votantes, más del 90% de la población. Lo que captan de la política es de este modo, lo que prevalece sobre los colectivos compactos preexistentes y no participantes. Este proceso tiende a producir sujetos colectivos frágiles cuyos procedimientos de institucionalización e internalización políticos son igualmente precarios. Este proceso genera hermetismo y opacidad en la política.

Y sin embargo, de una forma u otra, la subjetividad está presente en todos y cada uno de los fenómenos mencionados, como ciudadanos y como protagonistas directos del quehacer político. Es, en este doble sentido, desde el que hay que seguir construyendo puentes entre los dos mundos.

2. Conocemos la existencia de muchas **amenazas a la construcción de una subjetividad política.** Y también condiciones para hacerla posible. Algunas han sido mencionadas al tratar de los problemas heredados de la cultura política de izquierdas, su tendencia al centralismo democrático, y la desigualdad de género que parte en dos la ciudadanía. Todas ellas están ahí y deben ser tenidas en cuenta en el momento de repensar lo político junto a la subjetividad y la necesidad de que ésta se exprese socialmente mientras crece y se fortalece individualmente.

Pero, además, el juego político está amenazado de forma estructural por factores que han mostrado en la historia reciente su capacidad de destruir, no sólo la subjetividad política, sino la más mínima expresión de subjetividad humana, aún en sus aspectos más íntimos y vitales.

Una gran amenaza para la política y para la relación ciudadanía-política se halla en el uso continuado de la violencia. La fuerza, tal y como la describe Simone Weil, tiende a destruir la subjetividad⁸. El terror y la violencia directa pueden anular la subjetividad mientras reducen al sujeto a una cosa cuyo motor para seguir viviendo es la mera subsistencia que en situaciones límites, no es ni capaz de movilizar recursos. La violencia, sea verbal, sea física, sea psicológica destruye o limita gravemente la subjetividad. En nuestro mundo, la violencia bajo todas sus formas y amparado a menudo por la jerarquización de la vida social que rinde pleitesía al patriarcado, resulta ser un gran obstáculo para el crecimiento personal y para la implicación de la persona en la vida política. En casos extremos dicha violencia —es decir la no solución de conflictos por la palabra o la negociación— llega a excluir a personas cuyas aportaciones y cuya voluntad servirían enormemente a la construcción política.

Por otra parte, algunos aspectos de la distancia existente entre política y ciudadanía merecen mención aparte. Se trata de los que derivan directamente de la propia dinámica mundial y de respuestas colectivas que parecen incapaces **de dar cuenta de la evolución rápida de una humanidad en perpetuo cambio y que afronta enormes incógnitas**. Así, para los entusiastas de la globalización, esta encierra la posibilidad de ingresar en el circuito informático comunicacional mundial, de atravesar las fronteras del multiculturalismo, de las desterritorializaciones, del triunfo de las democracias, del mercado y del respeto por la diferencias. Para otros, la globalización no es más que la globalización del capital, del empobrecimiento progresivo de más de las tres cuartas partes de la población y de la generación de nuevas formas de discriminación (xenofobia y racismo) que cuestiona la alteridad y la

⁸ Weil, Simone (1997)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

relación con el Otro. Es evidente que las guerras, el hambre, la pobreza y las epidemias en el mundo, no resueltas y aún vigentes, cuestionan todo este imaginario de celebración de la globalización.

Otra cuestión marco que está en el horizonte global **es el tema de la seguridad mundial, el terrorismo** en sus diversas formas y lo que Eduardo Grüner⁹ recoge como el «Imperio del Miedo» que recorre nuestra vida cotidiana: miedo a las catástrofes naturales, tsunamis, «Katrina», o el miedo a las formas de violencia urbana, sanitarias, SIDA, cáncer o el miedo ecológico y medio ambiental. Algunos de estos temores son hábilmente utilizados para cuestionar las más notables conquistas de la humanidad en términos de Derechos Humanos y libertades, hasta el punto de que, en algunos momentos, han aparecido intentos de legitimar las prácticas de la tortura, ante la mirada muda de muchos políticos progresistas que se suman al carro de comprender los temores de la ciudadanía ante los evidentes riesgos de nuestro mundo. También podemos añadir el miedo a la pérdida de la memoria histórica y personal, o la pérdida simbólica de las lenguas que son engullidas por las dominantes. Y nuevos temores que el propio individualismo reinante genera en el seno de cualquier persona solitaria. Habría que construir un nuevo mapa de las soledades para comprender mejor las llamadas a una gran seguridad total. En todos estos aspectos relacionados con las dinámicas sociales y políticas globales, la **subjetividad de la persona implicada en política se siente tensionada** y la ciudadanía tiende a alejarse paulatinamente de lo colectivo.

Estrechamente ligado a cierto fracaso interpretativo de la política respecto a los cambios globales en marcha, resulta el escaso desarrollo de una subjetividad madura, capaz de percibir la dimensión colectiva de toda vida individual. Sobre todo si esta sufre el **auge de un individualismo insolidario que resulta ser tan útil a un mercado** que se nos ofrece como el mercado de la felicidad. Una felicidad, siempre como reclamo tal y como nos dice, Judith Miller: «Asistimos hoy a la

⁹ Grüner, Eduardo (2005)

actualización de una promesa de felicidad que se convierte en un deber, y a una universalización del derecho a la felicidad. La cultura de la globalización pretende realizar tal promesa a través de las leyes del mercado y de sus implicaciones en la vida cotidiana»¹⁰.

Pero, ¿podemos separar, trocear ese cúmulo de factores? ¿Podemos dividir, como si de varios mundos se tratara la subjetividad de lo político? ¿La ciudadanía, de los actores directos de lo político? ¿No estaremos hablando de una única realidad que ofrece diferentes ángulos de aproximación y análisis pero que, en definitiva, responde a una situación histórica determinada, en la que subjetividad y política, aunque de forma muy oculta y profunda conforman una tupida red de relaciones y condicionamientos, que se influyen mutuamente y operan sobre toda la ciudadanía a uno y otro lado de la barrera que parece dividirles? La barrera, la distancia, el vacío tantas veces señalado, ¿puede ser interpretado como una actitud individual y grupal, y re-activa en cierta forma, activa pues, al sentimiento de insatisfacción, de dificultad para ser oído, comprendido?

3. Otras cuestiones que deben ser tratadas con rigor, son las correspondientes a la propia dinámica de las organizaciones políticas: los modos del liderazgo, los discursos expresados en términos de competición, la fascinación por el poder y la formación de grupos rivales que se retroalimentan. La adhesión total y completa a las reglas y funcionamiento de los partidos ofrece, además, riesgos de amputación subjetiva. La tan conocida frase «yo no estoy en un partido porque quiero pensar por mi cuenta» (aunque nadie piensa del todo por su cuenta, nadie esta completamente al margen de lo colectivo) no deja de expresar un temor que, a menudo, está plenamente justificado, sobre todo, en los partidos políticos.

En los partidos, sobre todo en los que se proclaman de izquierdas, hay que poder conjugar dos aspectos que no son siempre fáciles de compaginar: Por una parte, la existencia de la necesaria disciplina de partido tan importante desde la óptica

¹⁰ Miller, Judith (2006)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

de la opinión pública, de la coherencia interna y de la demanda social. Y por otra, la libertad de expresión y acción inherente a todo sistema y partido democrático.

A menudo, las reglas internas que pretenden encauzar dicha dialéctica no son suficientes para resolver satisfactoriamente la cuestión y suele primar, entonces, el criterio de la dirección política que tiende a proteger y conservar los poderes existentes. A menudo la militancia se impone una cierta autocensura en los lugares previstos para expresar las discrepancias o desacuerdos. Cuando eso ocurre, el pensamiento se atasca en sus primeras formulaciones críticas. El crecimiento político-subjetivo se detiene y resulta más fácil tender a repetir conductas que no creen tensiones con las cúpulas.

Detrás de estas conductas hallamos algo que va más allá de las leyes, normas y códigos que producen los partidos con la voluntad de compaginar las dos vertientes de la conducta personal y colectiva: la disciplina y la libertad de expresión. Se trata de cuestiones que se dan en todo grupo humano organizado y que tienen que ver con el manejo de los poderes, la imagen pública de los mismos, los miedos a perderlos. En los partidos esos aspectos de la compleja vida grupal se incrementan debido justamente a que por definición se ocupan del poder en lo público, del bien común y de liderazgos sociales; materias todas que pueden inducir fácilmente a caer en posturas narcisísticas un tanto ciegas y sordas a la verdad de las críticas. Puede entonces aumentar la distancia entre la militancia y los líderes, entre las finalidades proclamadas y las realidades, entre los reglamentos democráticos y las prácticas aceptadas. Es fácil ver, por ejemplo, como a veces se producen alianzas más o menos variables con relación a la proximidad del líder que puede reevaluar o devaluar el papel que cada persona juega en ese complejo entramado, a menudo con cierta independencia respecto de sus valores o capacidades.

En todas estas dinámicas, la subjetividad de las personas implicadas en política se siente tensionada, puesta en cuestión y, en algún momento, se replantea el tipo de relación que deben mantener con la política.

Y por otra parte, lo político recibe también constantemente señales, voces y mensajes que manifiestan desencanto, falta de implicación, exigencia de derechos, elusión de deberes y conductas irresponsables que pretenden dividir la ciudadanía, fomentar insolidaridades, exaltar el pensamiento simplista y emocional, usar las bajas pasiones.

A la vez, las dificultades existentes en el ejercicio de la vida política no son expresadas con claridad, por temor al envite descalificar de la oposición, de un lenguaje y unas respuestas que se producen en el esquematismo más burdo, del tipo «y tú más», o de los juegos de vencedores y vencidos, de las agallas... que tan a menudo salpican las conversaciones más o menos informales de los actores políticos. Con esta lógica de fondo, es difícil que incluso las más honestas y veraces personalidades políticas se expresen con claridad, hablen de sus dificultades reales y de la complejidad de las herencias y condicionamientos, de los engarces en el devenir internacional y de tantos otros aspectos con los que se topa toda persona que quiera de verdad transformar la realidad en aras del bien común. Influye enormemente un potente sistema defensivo, cuyo guión está marcado de antemano y tiene raíces en una cultura política patriarcal y competitiva en la que escasean frases como «me he equivocado»; «no se como lo haremos»; «nos duele lo que hay que hacer, pero no queda otro remedio»... De esta forma se estrechan todavía más las vías por las que debería circular la palabra comunicativa, la que debería producirse entre política y ciudadanía.

4. Existe un cuarto aspecto que afecta a la credibilidad y la confianza política, y amenaza la construcción de una madura subjetividad política. Hay que hablar **del papel desmoralizador de determinadas conductas públicas**, de la corrupción y aprovechamiento propio que nada tienen que ver con la búsqueda del bien común. Dichas conductas derivan en un cuestionamiento ético a la concepción sobre quién es o debería ser el ser humano, cuáles sus necesidades, como abordar la verdad –fuente de confianza– sin la que no es posible actuar públicamente en un contexto de mucha violencia verbal, en el uso de medios dudosos para lograr determinados fines. También hay que reflexionar sobre la conquista de la legalidad democrática de la

Política y subjetividad. Una relación olvidada

corrupción mediante legitimación electoral tal y como ocurrió en España en las últimas elecciones municipales, a pesar o tal vez debido a los escándalos y a las corrupciones, y a la pérdida de confianza que la ciudadanía puede sentir ante lo que los «ex» hacen cuando abandonan la política.

Hay que volver a tratar en profundidad el tema de los valores en la vida política y retomar los principios de Bobbio y de las pensadoras cercanas que han tratado tanto de la ética en política¹¹.

6. Y sin embargo, ¿es tal el desinterés por la política?

Si los datos sobre el voto, la abstención o el voto nulo, resultan incontestables, no lo parece tanto el desinterés que despiertan otras formas, menos reconocidas y avaladas de interesarse por la política.

De momento, veamos lo que nos dice un analista tan perspicaz como Vidal-Beneyto en su columna semanal¹²: «las múltiples perversiones de la democracia han producido una tal degradación del sistema que puede afirmarse sin provocaciones que su envilecimiento ha destruido todas las virtudes públicas que poseía. La mentira, la falsedad, la corrupción que son hoy sus compañeras más inseparables, se han instalado en su cogollo, convirtiéndola en su contrafigura y haciendo de la desmoralización ciudadana el antónimo del ejercicio democrático».

Hay que valorar en su justa medida unas palabras tan radicales. Es cierto que este tipo de discurso está en el aire y forma parte de nuestra cultura política actual. Desgraciadamente esta valoración, como otras muchas que ocupan el espacio mediático –un espacio cada día más potente para dar existencia a unos hechos si y otros no–, no miente. Se trata de una opinión que viene acompañada de dos fe-

¹¹ Bobbio, Norberto (2003)

¹² Vidal - Beneyto, José

nómenos: la constatación de la enorme distancia, del abismo que se ha abierto entre la ciudadanía y la política, el alto nivel de abstención en las últimas elecciones y las opiniones un tanto pesimistas de los mismos que día tras día trabajan para mejorar el vínculo entre ciudadanía y política.

Sin embargo, este discurso que no miente, sí olvida. No podemos aceptar un párrafo como el anterior sin introducir alguna reserva originada por la misma fuerza mediática que, constantemente, crea opinión. Que señala una y otra vez, los errores y fracasos de políticas que desacreditan esta palabra, al primar el lucro personal sobre el bien público, el ansia de poder económico y social sobre el objetivo de construir un mundo mejor para todos. Cometemos una profunda injusticia librándonos, sin crítica, a este discurso: olvidamos a los miles de cargos públicos que, desde los ámbitos locales, los parlamentos, los gobiernos y los partidos están trabajando decentemente para transformar ciudades en lugares más vivibles, construir leyes que ayuden a erradicar violencias varias o decentemente llevan los números de cualquier institución pública. ¿Estamos nosotros contribuyendo al dar por buenos estos análisis a silenciar e invisibilizar lo que funciona, lo bueno, porque no es noticia? ¿Las buenas prácticas, dónde son divulgadas, leídas, comentadas y puestas a circular en los medios para que dignifiquen a los ojos de todos el trabajo bien hecho en política?

Cierto que el comentario de Vidal Beneyto hace, sobre todo, referencia a actividades lideradas por Bush que reivindica la democracia frente a Putin. Sin embargo, en esta época mediática¹³ buena parte de esta confianza, depende del tratamiento recibido por los medios de comunicación que suelen tratar los asuntos públicos y, sobre todo, la política como una simple enumeración de acontecimientos más o menos vistosos por no decir alarmantes. «Eso es noticia» define casi siempre aquello que va a entrar en el mundo de lo social y visiblemente existente; o bien como breves narraciones simplificadas al máximo que acentúan los caracteres de contienda, del debate y que acaban sugiriendo una situación

¹³ Colomé, Gabriel (2001)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

que homologa a todos los políticos, a los partidos y a las ideologías, mientras da a entender que los únicos mecanismos que rigen las conductas públicas son aquellos relacionadas con la competencia, el agravio, etc. En este sentido, el clima actual, favorecido voluntariamente –es decir establecido como estrategia política por parte de esta ultraderecha que tenemos en la oposición– lleva a la ciudadanía a un desinterés progresivo. También es cierto que, en algunos casos la prensa escrita, la oída y vista parecen cumplir mejor su misión de informar, no sólo de algunos esporádicos acontecimientos que caen del aire sin saber de dónde vienen, sino que intentan ubicar el hecho en su contexto e interpretarlo dentro del devenir y la historia de las relaciones económicas, políticas y sociales. No podemos valorar las opiniones de la ciudadanía sin valorar el enorme peso que los medios de comunicación están jugando en la construcción diaria de las mismas.

Se ha dicho que el desinterés de la ciudadanía por la política no sólo es grande sino que va en aumento. Las cifras de Eurostat así lo confirman, en sus frías encuestas. Pero más bien parece que se trata de un desinterés selectivo. El alto nivel de participación en las recientes elecciones a la presidencia francesa parece negar tal desinterés y puede ser analizado a la luz de una mejor comprensión colectiva del valor de este acto constitutivo de la propia democracia que es ir a votar. No ocurrió así, ni en Francia ni en ningún otro país, con las elecciones europeas. Ni ocurre en nuestro país con los distintos procesos electorales que parecen expresar, de forma selectiva, qué asuntos interesan de verdad a la ciudadanía, mientras revelan un determinado nivel de toma de conciencia política. Y su confianza en que el voto va a resultar útil. Contradiendo la teoría del desinterés generalizado y masivo (achacable a múltiples causas) nos sorprenden las cifras de audiencia de estas entrevistas en directo, en los que los ciudadanos formulan directamente al Presidente del Gobierno o al líder de la oposición preguntas concretas, directas, cotidianas. ¿No se tratará, una vez más, de un desinterés selectivo que varía no sólo de acuerdo con los contenidos menos alejados de la vida diaria, sino también del lenguaje utilizado, tan críptico y autoreferente, y de la posibilidad de formular preguntas que obliga a aterrizar en la realidad individual? Al fin y al cabo lo son las

personas, todas y cada una de ellas las que reciben, como en una terminal nerviosa, los resultados de la vida política que se gesta a distancia y en ámbitos de una gran complejidad.

Desinterés selectivo pues. Interés selectivo, por tanto, según el contenido tratado, el lenguaje, el método de comunicación usado y, sobre todo, la adecuación al sentir actual de la ciudadanía. Y, para completar las presentes reflexiones, hay que contemplar, aunque sea tan sólo superficialmente, este elemento intangible pero determinante, al que llamamos confianza.

7. Confianza y ética

La **confianza** resulta ser un elemento fundamental en la política. La confianza es una actitud persistente o momentánea de la que tan sólo recientemente se está hablando como un componente político, es decir, como un elemento que opera en la vida colectiva. Este concepto, que remite a la psicología individual, va ocupando un lugar en el discurso colectivo gracias a la considerable distancia existente entre ciudadanía y política.

Afortunadamente aunque de forma lenta, otra forma de entender el tan gastado «factor humano» va ganando espacio en el intento de comprensión de lo que acontece. Es otra forma de entender el «factor humano» que ha constituido el lugar común para justificar la violencia generalizada en las acciones colectivas, y que ha contaminado los excesos de aquellos que han detentado el poder delegado por el pueblo; excesos que han sido considerados como un defecto prácticamente inmodificable de la naturaleza humana.

Pero dichos excesos no son de naturaleza, sino de cultura y de ideología. Por ello es necesario revisar los análisis políticos a partir de instrumentos que deriven de otras ciencias. Desde lecturas interdisciplinarias, distintas a las ciencias políticas, podemos comprender más adecuadamente la violencia sistemática derivada de

Política y subjetividad. Una relación olvidada

los fenómenos colectivos. Así ocurre con los enunciados por Freud en el *Malestar de la Cultura* o en el trabajo conjunto con Einstein, sobre *El Porqué de la Guerra*. Cada vez más, los análisis políticos se nutren globalmente de otras ciencias y artes que ilustran y abren caminos de acceso a otras formas de la realidad.

Dentro de este contexto, la confianza se convierte en un elemento primordial para que la ciudadanía deposite su voto, y también su deseo de mejorar individual y colectivamente, de implicarse en política. La delegación del poder del pueblo en una democracia moderna, requiere conciencia de dicho poder (que emana del pueblo, nos dice la Constitución); un poder que se delega a través de los partidos y que desemboca en unas personas concretas que lo reciben para hacer realidad programas concretos, planes y propuestas destinadas a mejorar la vida colectiva. La confianza en unas personas y unas siglas determinadas tiene mucho que ver con la ejemplaridad de las conductas de aquellos que pretenden representar a la ciudadanía o gestionar lo colectivo. No es posible potenciar una ciudadanía activa y desarrollada personalmente sin que los actores políticos merezcan la confianza y ofrezcan la imagen de veracidad y honestidad. Confianza, como nos dice Ramoneda¹⁴ refiriéndose a las definiciones del *María Moliner*, que merecen quienes tienen firmeza, seguridad y las cualidades para conseguir su fin.

Aunque la honestidad no es noticia y a menudo resulta invisible, muchos casos concretos nos muestran la fuerza moralizante, la confianza que despiertan los políticos que tienen, en este sentido, una vida **ejemplar**, que crea lazos con la ciudadanía y ofrece un estímulo al desarrollo político ético. Nos referimos a un tipo determinado de liderazgo político que no se corresponde necesariamente con el número de veces que alguien aparece en televisión con el lugar que ocupa en la foto. Una vez más, hay que cuestionar lo que normalmente entendemos por liderazgo y para ello, nada mejor que buscar, dentro del feminismo, aquellas voces que hablan de otro tipo de liderazgo y que unen a éste a las conductas que favorecen el contacto personal, que se hacen cargo de las necesidades humanas y que se apoyan

¹⁴ Ramoneda, Josep

en la voluntad de que la ciudadanía se desarrolle en el interior de las personas para actuar hacia el exterior de forma conjunta.

Pero existe otro aspecto de esta cuestión que no depende estrictamente de los protagonistas políticos. Existe una nueva desmoralización generada por el poder de los medios de comunicación, sobre todo, de algunas cadenas de televisión que, en un festival diario de alumbramiento, esplendor, destrucción y muerte de populares áúpan, a personajes corruptos y emborronan, con sus sonrisas, trajes y comentarios, el papel que han jugado o juegan en la destrucción, no sólo de paisajes y ciudades, sino de la moral pública. La mirada de los espectadores se acostumbra a ellos, y aunque la justicia sigue su camino, parecen menos responsables, menos culpables, porque se han –en este sentido negativo– subjetivado, se han convertido en personas concretas, en conocidos que penetran en nuestros hogares a la hora de la cena, a los que abrimos las puertas y que cotidianizan la corrupción.

Es ese el auténtico escándalo: ceder tiempo, presencia pública, dar la palabra, otorgar poder a personajes corruptos para aumentar las cuotas de audiencia, lo que expresa una cierta corrupción moral que penetra en los hogares como si de una nube tóxica se tratara. La popularidad parece ocupar el espacio del reconocimiento público del mérito individual y de la honestidad.

Curiosamente, los votos depositados por la ciudadanía en las urnas no castigan siempre de forma suficiente a aquellos que se han corrompido mientras actuaban en lo público y este hecho acentúa el desconcierto político general y pone bajo sospecha la fuerza y el poder no sólo de los medios, con su lenguaje implícito del «todo vale» con tal de que sea vendible y comprable. Estas conductas son la auténtica negación de la ética política. Hasta qué punto este aspecto de la conducta colectiva desmoraliza y nos hace cínicos ante los esfuerzos honestos para mejorar la situación es algo que desconocemos. El trabajo, las energías del protagonista político deben estar claramente destinados al bien común. La corrupción, el buscar directamente el propio interés es, por tanto, una negación radical no sólo de la ética del trabajo, sino de la propia tarea política.

Política y subjetividad. Una relación olvidada

Existen otras líneas de reflexión sobre la postura ética de los protagonistas de la política institucionalizada. La ética estrictamente individual no es traspasable directa y automáticamente a la que hay que utilizar en el trabajo colectivo. Mientras en lo interpersonal la lealtad, la verdad, el deseo del bien del otro inspiran las conductas éticas, éstas toman dimensiones y lecturas distintas en lo público, sin abandonar dichas virtudes privadas. En cambio, todo el peso recae sobre la relación entre medios y fines, en el ajuste entre ambos y los límites de los medios. El tema del bien como justificante de quebrantamientos sistemáticos de la ley, tal y como tienden a presentar los agoreros de la inseguridad, abre grandes interrogantes que deben ser analizados, cuando tratamos cuestiones que por su envergadura, trascendencia y por la propia naturaleza del material con el que se trabaja, son diferentes en su aplicación.

La verdad en política implica el respeto a las promesas electorales, el más estricto respeto a la ley, la voluntad de resolver los problemas con la negociación y la búsqueda de la credibilidad a través de sistemas que desarrollen la parte más noble de los humanos, así como la capacidad de rendir cuentas ante los que han depositado su confianza en los políticos. Adela Cortina¹⁵ y Victoria Camps¹⁶, entre otras, predicán infatigablemente estos principios, mientras Arendt se pregunta por la verdad en política¹⁷.

Otro principio ético que deriva de la propia actividad política radica en algo que puede parecer obvio: el máximo respeto a las leyes existentes; los acuerdos internacionales, los Derechos Humanos y convenciones derivadas, las conquistas de la Ilustración, con especial énfasis los en riegos para los más débiles: mujeres, niños, ancianos y pobres.

Es también inherente a la ética política evitar la acumulación de cargos, objetivo que ha sido a menudo planteado pero casi nunca realmente aplicado. La per-

¹⁵ Cortina, Adela (2003)

¹⁶ Camps, Victoria (1996)

¹⁷ Arendt, Hannah (1996)

manencia en determinados cargos es también cuestión que debe ser finamente valorada para que se permanezca el tiempo útil necesario. La tendencia a la acumulación y concentración en unas pocas manos, es inherente al ejercicio del poder. De ahí que sea fundamental el respeto a las normas que intentan limitar dicho ejercicio.

Hay que estar advertidos de los riesgos del poder y de la imagen que devora la realidad intra psíquica y substituye la realidad intra e ínter psíquica por la imagen que nos devuelve la mirada de los otros. La ciudadanía atribuye, a menudo, un poder que tal vez sea más representación o imagen idealizada que poder real, pero en el que dicho ejercicio se apoya cada vez más¹⁸.

Para finalizar estas reflexiones, podemos asegurar que nos hallamos ante un déficit político –en su sentido más general y noble– que abarca a la ciudadanía, al discurso, a la cultura política y a la marcha un tanto esclerosada de las propias instituciones. Es decir, el problema es uno. Sus manifestaciones, múltiples. La más visible es la distancia y el desprecio de los políticos por parte de una ciudadanía que, quiera o no, está inmersa en este devenir colectivo, que influye constantemente en su vida cotidiana y que condiciona profundamente su vida individual, sus discursos y matiza, incluso en lo más íntimo, sus sentimientos.

Nada ni nadie está al margen de lo político.

¹⁸ Schutt, Fanny; Renau, M. Dolors (1995)
Schutt, Fanny (2005)

Política y subjetividad. Una relación olvidada

Bibliografía

Arendt, Hannah (1996). *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Ediciones Península.

Arendt, Hannah (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Ediciones Paidós.

Beristain, Isidoro (2001). *El sujeto y el otro*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Beristain, Isidoro (2007). *Del ser al hacer*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Blanco, Amalio (2004). «El avasallamiento del sujeto». En: *Claves de Razón Práctica*, 144.

Bobbio, Norberto (2003). *Teoría general de la política*. Madrid: Trotta Editorial.

Camps, Victoria (1996). *El malestar de la vida pública*. Madrid: Editorial Grijalbo.

Colomé, Gabriel (2001). *El príncipe mediático*. Barcelona: Fundació Rafael Campalans.

Cortina, Adela (2003). *Razón pública y éticas aplicadas*. Madrid: Editorial Tecnos.

Grüner, Eduardo (2005). *La cosa política o el acecho de lo Real*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Lagarde, Marcela (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Ediciones Horas y Horas.

Miller, Judith (2006). «El psicoanálisis y el vínculo social». En: *El Observatorio Psi*, 2.

Ramonedá, Josep. «Sobre la confianza». En: *El País*. 16 de enero de 2007.

Sen, Amartya (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.

Shutt, Fanny; Renau, M. Dolors (1995). «Poder político y narcisismo». En: *Claves de Razón Práctica*, 55: 74-76.

Shutt, Fanny (2005). *La fascinación del líder*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

Vidal-Beneyto, José. «La izquierda en desbandada». En: *El País*. 2007

Weil, Simone (1997). *Escritos sobre la guerra*. Valencia: Editorial Bromera.

